



## Coreografías del cuidado en barrios socio-segregados de la ciudad de Córdoba: familias y organizaciones comunitarias

Florencia Bainotti

IECET (CONICET-UNC), Facultad de Ciencias de la Comunicación (FCC-UNC)

María Valeria Busleimán

IECET (CONICET-UNC), Facultad de Ciencias de la Comunicación (FCC-UNC)

### Resumen

En este trabajo nos proponemos tematizar acerca de los cuidados en tiempos de pandemia por COVID-19. Particularmente, aquellos que se pusieron en marcha en barrios socio-segregados de la capital cordobesa, Argentina. Tanto las familias como las organizaciones sociales han sido y son el centro de los cuidados en este tiempo. La contracara solidaria ha sido una recarga de tareas en ambos espacios, sobre todo para las mujeres. De modo que, nuestro objetivo responde a comprender la trama y las dinámicas del "diamante de cuidado" que mayor frondosidad ganaron durante la pandemia y las "marcas" que dejaron dichas tareas en el cuerpo de quienes cuidan. Una primera aproximación al territorio da cuenta de que la organización social y política de las responsabilidades del cuidado es reproductora de desigualdades. Para ello, llevamos adelante una perspectiva metodológica cualitativa en el marco del Proyecto PISAC COVID-19 009: "Efectos del aislamiento social preventivo en el ejercicio del derecho a la salud en las infancias argentinas". Para el análisis nos basamos en el método de comparación constante. En cuanto a las consideraciones éticas, garantizamos la Protección de Datos Personales de acuerdo con la Ley 25.326.

**Palabras claves:** prácticas de cuidado, hambre, barrios socio-segregados, organizaciones comunitarias, familias

### Abstract

In this paper, we propose to thematize about care in times of COVID-19 pandemic. Particularly those that were launched in socio-segregated neighborhoods of the city of Cordoba, Argentina.

Families and social organizations have been and are the center of care at this time. However, this solidarity has given rise to a reload of tasks in both spaces, especially for women. Thus, our objective responds to understanding the plot and dynamics of the “care diamond” that gained the most luxuriance during the pandemic and the “marks” that these tasks left on the body of those who care. A first approach to the territory shows that the social and political organization of care responsibilities reproduces inequalities. To do this, we carry out a qualitative methodological perspective within the framework of the PISAC COVID-19 009 Project: “Effects of preventive social isolation in the exercise of the right to health in Argentine childhoods”. For the analysis we relied on the constant comparison method. Regarding ethical considerations, we guarantee the Protection of Personal Data in accordance with Law 25.326.

**Key Words:** care practice, hungry, socio-segregated neighborhoods, community organizations, families.

---

## Introducción<sup>1</sup>

El presente trabajo gira en torno a las preguntas acerca de quién cuida, cómo se cuida y a quiénes se cuida en el contexto de pandemia por COVID-19 en los barrios socio-segregados de la ciudad cordobesa. Entendiendo que la alimentación constituye una dimensión esencial en las prácticas de cuidado, dichos interrogantes buscan indagar sobre los procesos de reproducción y sostenibilidad de la vida en los que participan las/os sujetas/os encargadas/os de crear, gestionar y sostener espacios comunitarios vinculados a la asistencia alimentaria. Estas/os sujetas/os en su mayoría son mujeres: abuelas, madres, hermanas, tías, primas, sobrinas, amigas y compañeras. Además, se propone reflexionar sobre las “marcas” que dichas actividades dejan en el cuerpo y en las energías de las trabajadoras comunitarias en este contexto de excepcionalidad.

Las narraciones objeto de análisis son producto del Proyecto PISAC COVID-19 009: “Efectos del aislamiento social preventivo en el ejercicio del derecho a la salud en las infancias argentinas”<sup>2</sup>. Nos centramos en un abordaje cualitativo, con una muestra intencional conformada por 29 mujeres y 1 varón referentes de organizaciones de base, comedores, centros comunitarios pertenecientes a barrios socio-segregados de la ciudad de Córdoba vinculadas a la asistencia alimentaria. Las técnicas de recolección de la información que llevamos adelante fueron treinta entrevistas etnográficas<sup>3</sup> realizadas en

---

<sup>1</sup> Una versión preliminar de este trabajo se titula: “Prácticas de cuidado alimentario en tiempos de COVID-19. Estado, mercado, familias y organizaciones sociales en los barrios cordobeses”, presentado por las autoras Juliana Huergo y Florencia Bainotti en las Jornadas Argentinas de Estudios de Población. III Congreso Internacional de Población del Cono Sur, 13-15 de octubre de 2021.

<sup>2</sup> Financiado por la Agencia Nacional de Promoción de la Investigación, el Desarrollo Tecnológico y la Innovación dependiente del Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación de Argentina. Dirigido por la Dra. Ianina Tuñón. Quienes escribimos somos integrantes de la región centro, Nodo 5.

<sup>3</sup> Guión compartido por todos los nodos que conforman el PISAC COVID-19 009.

diferentes puntos de la ciudad<sup>4</sup>, durante el período marzo-junio 2021. En todo momento respetamos la Protección de Datos Personales de acuerdo a la Ley 25.326. Para el análisis de la información nos basamos en una lectura comprensiva de las entrevistas realizadas y en el método de comparación constante.

La estrategia expositiva que guía este trabajo es la siguiente: en un primer momento, realizamos una aproximación sobre algunas consideraciones acerca de la irrupción de la pandemia en la vida cotidiana, poniendo el foco en la alimentación, el cuidado y la salud. En tal sentido, la crisis sanitaria desencadenada en 2020 profundizó las desigualdades preexistentes y, sobre todo, lo que ya era parte del paisaje natural en estos espacios urbanos, es decir, el hambre.

En un segundo momento, nos detenemos en comprender las tramas y dinámicas de los/as agentes del “diamante de cuidado” (Faur, 2017) que mayor frondosidad ganaron durante la pandemia: familias y organizaciones sociales. Para ello, proponemos la metáfora de *coreografías del cuidado*, teniendo en cuenta que el cuidar involucra a todo el cuerpo, a sus movimientos, subjetividades y emociones: amores, aventuras, sensaciones, tristezas y alegrías. La danza es parte de las relaciones que hacen a la vida cotidiana, con diferentes tiempos y ritmos, localizadas en espacios materiales y espacios simbólicos. Algunos tramos de la composición coreográfica en pandemia se dieron entre las familias y las organizaciones comunitarias, con el objetivo de hacerle frente a la profundización del hambre. Para ello, necesitaron realizar una serie de movimientos organizados y cooperativos para auto-gestionar recursos alimentarios (estatales, de vecinas/os, del mercado).

Por último, realizamos una captura del plano final de este montaje coreográfico, en el que nos detenemos en las sensaciones y emociones en relación al cuidado comunitario, que cobra fuerza en el momento de aislamiento social, preventivo y obligatorio (en adelante ASPO).

Retomando el punto anterior, los trayectos de toda la puesta en escena de las coreografías del cuidado implicaron movimientos organizados y, otras veces, improvisados pero nunca tuvieron una pausa. Por el contrario, los ritmos fueron veloces. En este sentido, las *bailarinas* –mujeres cuidadoras– habitaron el espacio –sus barrios– y los problemas sociales en sus cuerpos en tanto soporte material de la existencia que se pusieron a disposición (se desplegaron, replegaron, extendieron, desenrollaron) del “nosotros/as” comunitario. Las mujeres cuidadoras, protagonistas principales de esta representación, nos

---

<sup>4</sup> Zona sur, sudeste, sudoeste, este, norte, noreste y noroeste de Córdoba Capital.

muestran las consecuencias que dejó el final de esta danza en sus cuerpos: agotamiento, desgaste, cansancio y enfermedad.

### **La irrupción de la pandemia en la vida cotidiana: ¿qué sucedió en materia de cuidados alimentarios?**

El 11 de marzo de 2020, la Organización Mundial de la Salud (OMS), declaró al brote del nuevo coronavirus (SARS-CoV-2) como una pandemia, lo que se instaló como una crisis a nivel global. En base a la curva epidemiológica de transmisión del virus, a través del Decreto Nacional 297/2020 se dispuso el ASPO para mitigar el impacto sanitario del COVID-19. Dicha normativa, tuvo la premisa fundamental de evitar los contactos sociales a los fines de minimizar las posibilidades de contagio y fortalecer la capacidad de respuesta del sistema sanitario evitando su colapso. Posteriormente, teniendo en cuenta la diversidad geográfica, socioeconómica y demográfica de cada jurisdicción, el 9 de noviembre del mismo año, a través del Decreto Nacional 875/2020, el gobierno estableció el Distanciamiento Social Preventivo y Obligatorio (en adelante DISPO) con el objetivo de recuperar el mayor grado de “normalidad” posible a nivel económico y social, incluyendo la continuidad de los protocolos y sosteniendo el monitoreo de la evolución epidemiológica para garantizar un control de la situación.

Existen suficientes antecedentes para advertir que la pandemia profundizó la crisis social y económica preexistente en el país y que, el ASPO se constituyó en un tiempo de mucha adversidad para los sectores populares. A nivel nacional, el Documento Estadístico del Observatorio de la Deuda Social “La pobreza como privación más allá de los ingresos (2010-2019). Introducción de datos fundados en un enfoque de derechos” (Salvia, 2020) refiere que en 2019 la pobreza alcanzó el máximo nivel de la última década, afectando al 32% de los hogares y a poco más del 40% de la población urbana del país. Además, el Documento Estadístico presentado por el Observatorio de la Deuda Social “Nuevos retrocesos en las oportunidades de desarrollo de la infancia y adolescencia. Tendencias antes y durante la pandemia de COVID-19” (Tuñón, 2021) da cuenta que la pobreza monetaria afectó en el contexto del ASPO - COVID-19 especialmente a las infancias, llegando al 64,6% entre los 0 y 17 años. La indigencia se mantuvo más estable, pero alcanzó el 15,7%.

Asimismo, la “Encuesta de Percepción y Actitudes de la Población. Impacto de la pandemia COVID-19 y las medidas adoptadas por el gobierno sobre la vida cotidiana”<sup>5</sup>,

---

<sup>5</sup> Entre el 14 y 26 de julio de 2020, se realizó la 2º Encuesta Rápida a través de un cuestionario con preguntas aplicadas vía telefónica a una muestra de 2.525 hogares con niñas, niños y adolescentes de Argentina, con representación nacional y regional. La Encuesta Rápida fue realizada en el marco del Acuerdo de Cooperación para la implementación de la Encuesta Indicadores Múltiples por Conglomerados (MICS 2019/2020) en Argentina con el Ministerio de Desarrollo Social y el Consejo de Coordinación de Políticas Sociales.

llevada a cabo por el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF), estimó que, a mediados del 2020, el 28,3% de los hogares había dejado de consumir algún alimento por limitaciones en sus ingresos, y que en el contexto de villas y asentamientos, el 45,3% de los hogares había experimentado privaciones en sus consumos alimentarios habituales (UNICEF, 2020).

Con relación a datos de la provincia de Córdoba, tomando como referencia el Indicador Familiar de Acceso a la Alimentación (IFAL)<sup>6</sup> del Instituto de Investigación Social, Economía y Política Ciudadana (ISEPCi) para el mes de abril 2021: un 56% de los hogares encuestados reciben asistencia alimentaria en comedores comunitarios desde hace más de 1 o 2 años. Un 44% de los hogares necesita del comedor desde hace un año y, dentro de estos hogares, una parte importante desde los primeros meses de este año. En el 66% de los casos, la asistencia obtenida se comparte entre todas/os las/os integrantes del hogar. En este marco, en 8 de cada 10 hogares (con Tarjeta Alimentaria)<sup>7</sup> y (sin Tarjeta Alimentaria) no cumplen con la ingesta de lácteos recomendada para una alimentación saludable (3 porciones al día) (ISEPCi, 2021).

Estos datos muestran que un amplio sector de la población presenta dificultades para el acceso a los alimentos que necesita. En este sentido, el hambre viene siendo una cruda problemática para el país. Tal es así que, la Ley 27.519 de Emergencia Alimentaria Nacional, sancionada durante el 2019, reconoce la crisis alimentaria existente y prorroga la Emergencia Alimentaria declarada por el Decreto 108 de 2002, hasta el 31 de diciembre de 2022<sup>8</sup>.

En este contexto de premura en materia alimentaria, agravado por la dificultad de obtener ingresos en el mercado de trabajo en el contexto del ASPO - COVID-19, se refleja la vinculación entre la economía, la desigualdad y el hambre. Esta última, en palabras de Josué de Castro: “es el problema número uno para la mayor parte de la humanidad que continúa luchando duramente por su subsistencia” (1983, p. 7). Para el autor el hambre es el más grande y trágico descubrimiento del siglo XX. Al mismo tiempo sostiene que:

Ningún factor exterior hiere tanto al hombre como el alimentario. El hambre, en efecto, no lo marca solamente en su cuerpo, sino en su alma lo “deshumaniza”. Un

---

<sup>6</sup> Resultado de un relevamiento a partir de 20.260 entrevistas presenciales a adultos/as responsables de la alimentación de familias que concurren a comedores comunitarios en 22 provincias del territorio nacional. El total de niñas y niños que integran estos hogares es 38.302 de 0 a 18 años. Se seleccionaron un 50% de las familias que perciben Tarjeta Alimentar y un 50% que no la reciben (ISEPCi, 2021).

<sup>7</sup> La Tarjeta Alimentar es una estrategia complementaria que garantiza el acceso a la canasta básica alimentaria. Depende del Ministerio de Desarrollo Social de la Nación y forma parte del Plan Argentina contra el Hambre. Está destinada a madres o padres con hijas/os de hasta catorce años que reciben la Asignación Universal por Hijo (AUH), embarazadas a partir de los tres meses de gestación que cobran la Asignación por Embarazo para Protección Social y personas con discapacidad que reciben la AUH. Para favorecer la disponibilidad de fondos de las familias, a partir de noviembre de 2021, la TA se unificó con la AUH.

<sup>8</sup> La Ley 27.519 estipula una actualización del presupuesto con un aumento como mínimo de un cincuenta por ciento (50%) de las partidas presupuestarias para políticas alimentarias. A su vez, establece, a partir de 2020, la actualización de los montos de forma trimestral para asegurar que no pierdan su valor frente a la inflación.

hombre que tiene hambre, no es, no puede ser, un hombre libre; es el prisionero de su hambre, no tiene sino un deseo, un pensamiento, un fin: comer. Después, si el hambre se prolonga, cae en una profunda apatía y pierde, poco a poco, todo deseo, aún el de alimentarse (de Castro, 1983, p. 22).

La alimentación constituye una dimensión esencial en las prácticas de cuidado. En el escenario descrito, por un lado, la pandemia hizo visible la esencialidad de los trabajos de cuidado y reafirmó su centralidad para la sostenibilidad y reproducción de la vida. Además, especialmente, corrió el velo acerca de la histórica naturalización del trabajo reproductivo y de cuidado a cargo de las mujeres. Pero, por el otro, no ha impedido la brutal sobrecarga de actividades en el cuerpo y energía de las mujeres ante el cierre de otros espacios de cuidado como escuelas, centros de desarrollo infantil, clubes, centros culturales, etc.

En consonancia, en América Latina prácticamente el 80% de los cuidados no remunerados son realizados por mujeres (Batthyány, 2020). Según datos del Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC, 2013) extraídos del documento “Encuesta sobre el trabajo no remunerado y uso del tiempo”<sup>9</sup>, en Argentina la brecha de género en tareas de cuidado es amplia: los varones tienen una tasa del 58%, mientras que la de las mujeres llega al 89%. Además, adolescentes y jóvenes también realizan cuidados: el 33,7% del total de jóvenes de 15 a 29 años cuida a niñas/os (hermanas/os, primas/os, sobrinas/os). En tal sentido, la brecha por sexo también es significativa: el 21,3% de los varones y el 46,6% de las mujeres.

Para Valeria Esquivel, Eleonor Faur y Elizabeth Jelin (2012), hablar de cuidado implica preguntarnos cómo nos producimos como seres humanos. Las prácticas de cuidar incluyen a todas las actividades que regeneran diaria y generacionalmente el bienestar físico, social, psicológico y emocional de las personas. Ninguna persona es del todo autónoma porque nadie sobrevive sin cuidados, por tanto, es un trabajo esencial para el sostenimiento y la reproducción de la vida. Si bien las infancias y las vejez necesitan mayor dedicación, todas/os hemos requerido y requerimos cuidados de otras/os, integrarnos a redes sociales que nos contengan y en las que gestamos tramas afectivas. Es por eso que podemos decir que las prácticas de cuidar involucran al cuerpo, las subjetividades, los entornos y los sujetos. Todos ellos conforman una red de cuidados. En consecuencia, la organización social del cuidado, responde a acciones que involucran a diversos sujetos y estructuras.

Para avanzar en el conocimiento de la distribución social de las responsabilidades de cuidado, Eleonor Faur (2017) propone el concepto de “diamante de cuidado” de Shahra

---

<sup>9</sup> La encuesta fue implementada como módulo de la Encuesta Anual de Hogares Urbanos (EAHU) durante el tercer trimestre de 2013, con el objetivo de captar información respecto de la participación y el tiempo destinado por las personas de 18 años y más a las tareas domésticas, al cuidado de miembros del hogar y al trabajo voluntario.

Razavi. Esta noción simboliza la cromaticidad de interacciones (complementaciones o ensamblajes, distinciones, competencias) del Estado, mercado, familias y organizaciones comunitarias como productoras y distribuidoras de cuidados.

Para muchas familias resolver la alimentación no implica necesariamente ponerse a cocinar, pero sí ponerse a gestionar. Particularmente, la mujer organiza el “comer familiar” gestionando en materia alimentaria, constituyéndose esta actividad en el nodo central de sus habituales tácticas de reproducción alimentaria-nutricional. En Córdoba, desde hace más de tres décadas que los comedores comunitarios y escolares son parte “natural” del paisaje “social” de los barrios socio-segregados. De modo que, aparece con fuerza la tarea que llevan adelante vecinas-encargadas de estos espacios como agentes claves que materializan la totalidad del proceso alimentario de las familias locales durante algunos días de la semana: planificación, obtención, preparación, distribución para el consumo y limpieza (Hurgo, 2016). Complementariamente, también cobran protagonismo las empresas gastronómicas entre las que se terceriza el programa de asistencia alimentaria de mayor envergadura a nivel provincial, el Programa Asistencia Integral Córdoba (PAICor)<sup>10</sup> (Ibáñez y Hurgo, 2016).

### Coreografías del cuidado en las familias

Si hoy no salimos a hacer esa changuita no tenemos para esta semana. Chocarnos con esa realidad fue durísimo (Entrevista a R, referente de comedor comunitario de la zona noreste, junio 2021).

El ASPO incluyó medidas que prohibían la circulación e impedían realizar las actividades consideradas “no esenciales”<sup>11</sup>, lo que implicó que las familias de los barrios quedaran aisladas sin poder realizar sus quehaceres laborales y, por ende, sin percibir sus

---

<sup>10</sup> Este Programa Social, que inició su implementación en enero de 1984, cuenta con 37 años de servicio y asistencia a la comunidad. Se encuentra destinado a niñas/os y jóvenes “carenciados” que asisten a establecimientos educativos públicos. Su objetivo primordial es contribuir a la inclusión y permanencia en el sistema educativo formal y al adecuado crecimiento y desarrollo de la población en edad escolar en situación de vulnerabilidad, brindando asistencia alimentaria y propendiendo a mejorar hábitos vinculados a una alimentación saludable [Ver: <https://paicorvirtual.cba.gov.ar/Home/institucional>]. En sus comienzos respondía a un modelo de política integral y universal. No obstante, con la profundización del sistema capitalista neoliberal, la sucesión de diferentes gobiernos, ha experimentado diversas modificaciones: tercerización (empresas privadas de servicio de alimentos) y focalización (condición de pobreza por ingresos). Como consecuencia de la pandemia por COVID-19, los comedores escolares cerraron y la prestación cambió de modalidad: de platos de comida servidos en la escuela durante la semana, se pasó a la entrega de módulos alimentarios con una frecuencia mensual.

<sup>11</sup> Según el Decreto Nacional 297/2020 las actividades consideradas “no esenciales” son todas aquellas excluidas del artículo N°6 que establece que quedan exceptuadas del cumplimiento del “aislamiento social, preventivo y obligatorio” y de la prohibición de circular, las personas afectadas a los servicios declarados esenciales en la emergencia: personal de salud; fuerzas de seguridad; fuerzas armadas; autoridades superiores de los gobiernos; personal de justicia; personal diplomático; personas que deban atender una situación de fuerza mayor; supermercados mayoristas y minoristas y comercios minoristas de proximidad; farmacias; ferreterías; veterinarias, entre otras.

ingresos monetarios. Esta situación repercutió negativamente en la economía de los hogares. La mayor parte de las familias de los sectores entrevistados pertenecen al sector informal del trabajo y realizan actividades tales como venta ambulante, son trabajadores de la construcción, trabajadoras de casas particulares, carreras/os, changarines, etc. Por consiguiente, carecen de seguridad social:

La gente de acá no tiene un ahorro, no tiene guardado una plata, no tiene un negocio, no teníamos nada. Nosotros vivimos el día a día. O sea, el día a día. *Si hoy no salimos a hacer esa changuita no tenemos para esta semana* (Entrevista a R, referente de comedor comunitario de la zona noreste, junio 2021).

Por otro lado, para quienes tenían un trabajo formal –como servicio de autos de alquiler con chofer (remis, taxi), empleadas/os de fábricas o comercios-, sus actividades también se vieron suspendidas y/o les redujeron el salario:

Nos ha tocado que mucha gente se quedó sin trabajo, *las fábricas cerraron*, hicieron menos jornal, al hacer menos jornal tampoco hay, o sea, no hay plata. No hay nada. Después nos ha tocado tener gente en situación de aislamiento, en la cual gente que se aisló 15 días al principio, después 10 días y son gente que a veces son changarines, limpia vidrios, los que venden en la calle, el que vende huevos. Es la realidad que nosotros tenemos en el barrio. Nuestro barrio es de ese perfil, digamos. Acá hay muchas fábricas. Igualmente, muchas cerraron (Entrevista a S, referente de comedor comunitario de la zona sudeste, mayo 2021).

Estas circunstancias trajeron aparejados sentimientos de “miedo”, “angustia”, “desesperación” y “preocupación”, sobre todo “porque no podían traer el pan a la casa”. Una de las mujeres entrevistadas utilizó el símbolo del “entierro” para significar la “muerte” en vida de quedarse sin trabajo o de no poder salir a realizarlo “de un día para el otro”.

La pandemia nos agarró y nos avasalló a todos. Hizo como un *entierro* a mucha gente, a mucha gente que es autónoma. A nosotros nos tocó. A mí en lo personal me tocó ver a mi hijo, a mi pareja, a mis hermanos, a todos ellos sin trabajo de un día para el otro (Entrevista a S, referente de comedor comunitario de la zona sudeste, mayo 2021).

Frente a este escenario, el Estado argentino implementó un conjunto de medidas de transferencias monetarias compensatorias dirigidas a los sectores sociales más perjudicados y, en particular, hacia niñas/os y adolescentes, como el Ingreso Familiar de

Emergencia (IFE)<sup>12</sup>, y la Tarjeta Alimentar (TA), más los refuerzos a la Asignación Universal por Hijo (AUH), que tuvieron como efecto moderar las tasas de pobreza e indigencia. Con respecto a este conjunto de acciones paliativas, las entrevistadas mencionaron que fueron de “gran ayuda” y un “alivio para las familias” en el marco de tanta incertidumbre. Más específicamente, en cuanto a la recepción del IFE todas manifestaron que esta política “ayudó muchísimo” a las familias, fue interpretada como un beneficio que les “trajo tranquilidad” y certeza al saber que iban a “contar con unos pesitos” porque con “esa platita podían estirla”.

En el mismo sentido, con relación a la recepción de la TA expresaron que constituía una ayuda importante para su economía, pero con la salvedad de que no alcanzaba: “las necesidades son muy grandes”. En relación con las compras que realizaban con la tarjeta en el barrio, las referentes exteriorizaron su disconformidad porque las/os comerciantes aplicaban recargos, cuestión que iba en contra de la normativa del programa. Sin embargo, también manifestaron que para llegar a los supermercados y volver con mercadería tenían que pagar un servicio público de autos de alquiler con chófer (taxi, remis), y eso constituía el mismo costo que comprar con ese plus impuesto por los comercios de la zona. Otra disyuntiva relacionada a la TA se relacionaba con el hecho del requisito de la franja etaria para su recepción: “es como que cumplen siete años y ya está, ya tuvieron los nutrientes necesarios y le cortan” (Entrevista a X, referente de comedor comunitario de la zona sur, mayo 2021). Este programa social con componente alimentario extendió su cobertura de edad en mayo del 2021 incluyendo a niñas/os de hasta catorce años.

Otras intervenciones estatales frecuentemente enunciadas fueron las recepciones de módulos alimentarios provenientes de los programas provinciales Programa Asistencia Integral Córdoba (PAICor) y Plan Salas Cuna<sup>13</sup>. Sobre estos programas también las personas entrevistadas nos relataron su disconformidad en varias orientaciones: por su tipología; por la cantidad de los alimentos incluidos; por la homogeneidad de su contenido. De acuerdo a los diálogos, había un distanciamiento con la realidad de los hogares: “estos módulos se piensan sin conocer la realidad de la gente, creen que resuelven con la entrega de comida, pero no en todas las casas del barrio se puede cocinar (...) tiene solo un calentador eléctrico” (Entrevista a M, referente de comedor comunitario de la zona sudeste,

---

<sup>12</sup> Medida excepcional implementada por el Gobierno Nacional, que buscó proteger a las familias argentinas ante la pérdida o disminución de sus ingresos por la situación de emergencia sanitaria generada por el COVID-19. A esta prestación monetaria no contributiva podían acceder: personas desocupadas; personas que trabajaban en la economía informal; personas inscriptas en las categorías A o B del monotributo; monotributistas sociales; trabajadores de casas particulares; personas destinatarias de AUH o asignación por embarazo para protección social.

<sup>13</sup> El Plan Salas Cuna es una política pública del gobierno de la provincia de Córdoba mediante la articulación con organizaciones de la sociedad civil y municipios. Estos establecimientos se presentan como espacios de contención y cuidado de niños y niñas de 45 días a 3 años. Posee un doble objetivo: por un lado, contribuir al desarrollo psico-social de niños/as y, por otro, permitir a las mujeres su inserción social y laboral, mientras trabajan o asisten a la escuela. Asimismo, incluye la capacitación a recursos humanos, la entrega de leche fortificada y complemento nutricional, elementos de higiene y equipamiento para el cuidado y la recreación.

mayo 2021). En relación con la cantidad de alimentos incluidos, manifestaban su incapacidad de contener a toda la familia: “con una caja de mercadería no es que van a comer todo un mes, si tienen una familia numerosa, eso les dura dos o tres días” (Entrevista a M, referente de comedor comunitario de la zona sudeste, mayo 2021). Por otro lado, hacían referencia a la escasa variedad de alimentos y la saturación gustativa que ello provocaba: “los niños me dicen: estoy cansado, no queremos más fideos ¿qué viene en la caja? Fideos, en su casa eran: guisos, guisos, guisos” (Entrevista a R, referente de comedor comunitario de la zona noreste, junio 2021).

La *danza de alimentar* moviliza la fuerza de las familias, principalmente de las mujeres. Sus coreografías se construyen en el campo de la cotidianeidad y son el resultado de una enorme cantidad de comportamientos elaborados y recreados/aprendidos a lo largo de la historia familiar. En este cuadro, danzan con las organizaciones sociales y con el Estado para su reproducción alimentaria, las que no pudieron cumplirse plenamente vía ingreso monetario.

### Coreografías del cuidado en los comedores comunitarios

Cuesta un montón quedarte en tu casa y cuidarte, porque también tenés que cuidar a los demás (Entrevista a J, referente de comedor comunitario de la zona noroeste, mayo 2021).

Poniendo el foco especialmente en el escenario de la pandemia, para la totalidad de los comedores comunitarios, las tareas se vieron significativamente incrementadas. Las mujeres encargadas de administrar y sostener estos espacios, ejecutaron una serie de movimientos corporales sucesivos y organizaron la materialidad del espacio y sus tiempos para componer diversas *piezas dancísticas*: alimentar, gestionar, limpiar, supervisar, ayudar y sostener.

Son mujeres las que cuidan a las personas de todo el barrio, cuando vos vas son quienes te cruzás en las calles del barrio haciendo las compras. Después están cocinando, están cuidando a sus propias familias y también a las del resto. Se acercan todo el tiempo a preguntar cómo están las familias, o sea, *son ellas las que todo el tiempo están cuidando al resto* (Entrevista a A, referente de merendero de la zona sudeste, mayo 2021).

Durante gran parte del 2020, el uso del tiempo en gestionar y ejecutar la asistencia alimentaria comunitaria se puso por delante de la realización de otras actividades socio-culturales que venían desarrollando tales como: apoyo escolar, actividad física y talleres culturales; actividades que manifiestan como “centrales” para la contención social de niñas,

niños y adolescentes porque, además de “sacarlos de la calle”, “son un espacio educativo donde aprenden a tolerar las diferencias, a lavarse las manos, a cepillarse los dientes” (Entrevista a M, referente de comedores comunitarios de la zona noroeste, abril 2021). A los quehaceres diarios de las trabajadoras comunitarias se suma el de llevar adelante los protocolos preventivos socio-sanitarios inherentes al COVID-19: ingresar entre una/media hora antes de lo ordinario para la higienización de los espacios; sanitización de la mercadería recibida y de los *tuppers* de las viandas; retirarse entre una hora/media hora después para la limpieza y desinfección posterior del espacio. Además, hubo un incremento en el tiempo para la gestión, compra y/o elaboración de insumos de higiene y de seguridad frente al COVID-19, para cuidar a sus vecinas/os y para “auto-cuidarse”: barbijos, máscaras, alcohol en gel y elementos de limpieza, entre otros

Previo a esta emergencia socio-sanitaria, según las condiciones materiales y organizativas de cada espacio comunitario, se brindaba el desayuno y/o almuerzo, la merienda y/o cena en sus distintas modalidades, ya sea presencial o a través de viandas. Complementariamente, las/os niñas/os y adolescentes comían en los comedores escolares a través del PAICor o en las Salas Cuna, configurando una rutina en la que, al final del día, muchos de los escenarios de comensalidad eran extra-domésticos y colectivos compartidos con sus pares e intergeneracionales (cocineras, camareras, docentes, talleristas, etc.). Por ejemplo: se desayunaba y almorzaba en los comedores escolares, mientras que se merendaba y cenaba en el comedor comunitario. Con el devenir de la pandemia, la dinámica descrita se vio modificada obligatoriamente. Por ejemplo, se realizaron cambios en los horarios y en la modalidad de asistencia alimentaria: de presencial a entrega de viandas o módulos alimentarios.

Asimismo, ante la pérdida y/o reducción del trabajo y el aislamiento de los barrios, se triplicaron las raciones alimentarias, se confeccionaron listas de espera y, por otro lado, se modificó el perfil etario y socioeconómico de la población cubierta. Ya no se asistía exclusivamente a niñas/os, sino a toda la familia: madres, padres, abuelas/os, hermanas/os adolescentes, como también a familias que previamente no lo necesitaban. Este panorama cambió el paisaje de los comedores: a las/os “comensales naturales” de estos espacios – las/os niñas/os- se sumaron otras/os a la asistencia alimentaria y, por ende, las mujeres tuvieron que “hacer malabares” porque los recursos no alcanzaban para contener el hambre de todo el barrio. Malabares que refuerzan la asimétrica distribución de las tareas de cuidados no remunerados que enfrentan las mujeres. Esta desigual distribución, a partir de la que las responsabilidades del cuidado recaen en ellas, es producto de la división sexual del trabajo y su naturalización como cuidadoras. Esto responde a la construcción de una idea social de que las mujeres tienen mayor capacidad para cuidar que los hombres a partir de una diferencia biológica (por la posibilidad de gestar, parir y amamantar) (Batthyány, 2020).

La agudización del hambre en los territorios despertó sensaciones afectivas de “angustia”, “tristeza” y “dolor” que emergieron como formas de sufrimiento subjetivo para las mujeres encargadas de los espacios comunitarios.

Ya no era que venían los niños solos al comedor, era toda la familia. Entonces era un *dolor* muy grande, porque no son solo los niños, viene la mamá, el papá, la tía, ponele y los adultos mayores que se les lleva la comida a la casa para que no salgan por este tema de la pandemia. (Entrevista a E, referente de comedor comunitario de la zona centro, mayo 2021).

Los múltiples malabares llevados a cabo por las mujeres para entregar el plato/vianda de comida a sus vecinas/os y familiares están indisolublemente ligados con los objetos materiales en/con los que se desarrolla la práctica de cocinar (insumos, equipamiento, estructura edilicia), de manera que estos condicionan los márgenes de posibilidad para la elaboración de las comidas (Moreyra, 2017). En relación con los espacios para cocinar, las condiciones edilicias de los comedores son precarias y pequeñas para responder al aumento en la cantidad de raciones de comida. Los barrios donde se localizan carecen de red de gas natural y, en consecuencia, utilizan la leña como combustible o gas de garrafa. En función de las preparaciones y de las condiciones climáticas, cocinan a la intemperie en hornos de barro panes, tortillas, pizzas y empanadas o sobre el suelo de las calles o veredas de los comedores. Además, muchos de ellos poseen tomas de agua por fuera de la estructura edilicia. Esto hace que las mujeres tengan que acarrear con sus cuerpos baldes y ollas industriales llenas de agua para la limpieza y/o desinfección de los espacios y para la cocción de los alimentos. Esta situación implica calcular de forma certera el agua para cocinar arroz o fideos para que “se haga con el agua justa” y no tener que colar, porque con tantas porciones es muy difícil manipular las ollas. Las mujeres mayores manifiestan que ya no tienen “fuerzas”. El sacrificio de poner el cuerpo por “estar metidas en el baile” se torna desmedido.

Por otro lado, el equipamiento de utensilios y mobiliario, teniendo en cuenta la gran escala de producción alimentaria (en algunos casos, más de 300 raciones diarias), no resulta suficiente. Lo que más destacan las mujeres es la limitación que tienen con la cantidad y tamaño de las ollas.

No solamente en el comedor donde yo trabajo, sino como que en la mayoría de los comedores *las ollas nos hacen mucha falta*, el equipamiento de utensilios, digamos de materiales de trabajo, tenemos muy poco. *Hacemos lo que podemos con lo que tenemos*, sino cocinamos y vamos vaciando en baldes... Porque esto, nunca el gobierno de la nación dice: existe un comedor en el barrio tal, le damos ollas, utensilios. Si lo que tenemos, lo tenemos que comprar, ya sea trabajando en forma colectiva para poder obtener y adquirir estos utensilios, ¿no? Y bueno de esa forma

tenemos y vamos comprando las cosas. Falta mucha, mucha respuesta... (Entrevista a L, referente de comedor comunitario de la zona sudeste, junio 2021).

A esto se suma el no contar con heladeras para refrigerar los alimentos, por consiguiente, las mujeres se ven obligadas a trasladar los alimentos frescos a sus casas y, luego, volverlos al comedor para elaborar los menús.

Nosotros *no tenemos heladera* pero la dueña de la casa nos ha prestado, ella tenía un *freezer*, bueno ella nos lo prestó porque bueno hasta que ella lo use, cuando ella lo use nos tiene que avisar y lo retira (Entrevista a E, referente de comedor comunitario de la zona noroeste, junio 2021).

De modo que, el mencionado aumento de raciones trajo aparejado el poner en marcha tácticas no solo direccionadas a garantizar un acceso a mayor cantidad de alimentos, sino también adquirir mobiliario, equipamiento y sumar más personas a la tarea de comprar, cocinar, servir y limpiar. En algunos casos, las mujeres traen de sus casas los faltantes y suelen romperse sus elementos, dada la producción a granel, por ejemplo, las licuadoras. Una frase que se repite en los relatos es: "todo tenemos que hacerlo nosotras mismas".

Sííí, pero si nos faltan muchas cosas todavía de eso de electrodomésticos. Porque esta copa empezó desde abajo, pero bueno poco a poco... *Todo tenemos que hacerlo nosotras mismas*, nosotras que somos de la copa traemos de nuestra casa hasta que no estábamos acá todo usábamos de mi casa, se me rompía la licuadora, también trajo para acá la Carmen se rompió, un desastre, pero bueno... (Entrevista a J, referente de comedor comunitario de la zona noroeste, mayo 2021).

Aquí optamos por la noción de "táctica" por sobre la noción de estrategia. En esa línea, adherimos con los postulados de Michel De Certeau (1996) quien sostiene que la primera presenta mayor pertinencia para describir la creatividad de determinados sectores sociales en situación de desventaja socioeconómica estructural en garantizar la alimentación cotidiana. Por tanto, coloca su mirada analítica en fenómenos fugaces, caligrafías corporales que no siempre se repiten: "artes de hacer" cultura o "poiesis" que, a su vez, posibilitan la resistencia en contextos de constricción y disciplinamiento social.

Desde esa perspectiva, entre las tácticas de gestión de alimentos las referentes mencionan como novedad el "darse a conocer vía *Facebook*". Desde esta plataforma comparten su historia, sus necesidades, sus proyectos, hacen vivos de sus elaboraciones culinarias y el servido de las viandas-platos. Sostienen que "da visibilidad" a sus demandas y "da credibilidad" para seguir recibiendo ayuda: "ahí mostramos que lo que recibimos lo entregamos, lo usamos para lo que estaba acordado" (Entrevista a Y, referente de comedor

comunitario de la zona noroeste, mayo 2021). Por otro lado, también organizan por *Instagram* y *Facebook* “campañas específicas de donación de leche, donación de alimentos” y, dado que la pandemia no permitía la circulación, para que la gente les alcanzara las donaciones al barrio, lanzaron un “link de mercado pago y un CBU de un banco para que la gente pueda colaborar ahí y nosotros poder hacer las compras” (Entrevista a D, referente de comedor comunitario de la zona noroeste, mayo 2021).

Asimismo, realizaron articulaciones con el mercado, que se conocen a partir del boca en boca entre organizaciones que están trabajando de manera conjunta bajo el paraguas de una organización más grande como Encuentro de Organizaciones, Barrios de Pie, Patria Grande y Movimiento Evita. Entre ellas Banco de Alimentos Córdoba<sup>14</sup> y un Techo para mi País<sup>15</sup>. Complementariamente, a partir de esta última generaron contacto con la Fundación Shell. Vía responsabilidad social empresarial, el mercado llega a los barrios a cubrir los vacíos que deja el Estado. Así, va introduciendo su asistencia desde lugares lúdicos y recreativos, que además de llegar en el momento “oportuno”, tienen amplia “visibilidad”. En este punto encontramos, por ejemplo, a algunas empresas líderes como *Shell*, que han creado –estratégicamente- marcas solidarias como *Nilus*<sup>16</sup>. Esta última recibe el apoyo económico de empresas nacionales e internacionales líderes como Mercado Libre, *Google*, *Walmart*, *Glovo*, *World Center Kitchen* y *Clifton Foundation*, entre otras. Si bien la empresa aportó con cajas de alimentos secos –legumbres- que fueron centrales para cubrir la amplia demanda alimentaria, la contrapropuesta “exigida” fue la difusión vía redes sociales de su marca y acción social. Paradójicamente, el cocinar lentejas de mil formas toda la semana las “agotó”, pero la experiencia se significó como “divertida”.

Otro aporte visibilizado por las entrevistadoras fue el del Banco de Alimentos Córdoba. Este modelo de organización se sostiene mediante el aporte de empresas productoras o comercializadoras de alimentos que donan productos que han salido del circuito comercial pero que son aptos para el consumo, y a través de colectas donde personas individuales colaboran con alimentos no perecederos. Las organizaciones y comedores se inscriben en el Banco de Alimentos y mensualmente les ofrecen los alimentos disponibles. Para acceder a ellos, se les solicita una “contribución simbólica” que representa un pequeño porcentaje del valor de mercado.

---

<sup>14</sup> La describimos más adelante.

<sup>15</sup> Se presentan como una “organización conformada por jóvenes voluntarios y voluntarias junto con habitantes de asentamientos populares de América Latina. Mediante nuestra acción conjunta, trabajamos en superar la situación de pobreza en la que viven millones de personas”. El principal proyecto de esta organización es acercar a las familias una vivienda de “emergencia” (prefabricadas en madera) para dar respuestas al “déficit habitacional originado por la situación de pobreza o por causa de desastres naturales que afectan a miles de personas”.

<sup>16</sup> En su página web se presenta como “una empresa de triple impacto que desarrolla tecnología para combatir la inseguridad alimentaria”.

Con esa platita que recibimos del MDS –Ministerio de Desarrollo Social- podemos comprar 600 yogures por ejemplo y otras mercaderías más, con poco dinero. Es una *simbólica ayuda* que se le da al Banco de Alimentos, pero a nosotros nos ayuda (Entrevista a S, referente de comedor comunitario de la zona sudeste, mayo 2021).

Por otra parte, comenzaron a ser parte de organizaciones más grandes que son apoyadas por el Estado nacional y/o provincial, para gestionar alimentos estatales. No obstante, la presencia de la asistencia de este último actor no es percibida como tal por la mayoría de las referentes. Desde los relatos, ellas son asistidas material, técnica y organizativamente por Barrios de Pie, Movimiento Evita, Encuentro de Organizaciones, etc.

Nosotros gracias a Dios tenemos la garrafa e hicimos una actividad y compramos lo que es nuestra cocina con rifas y logramos comprar la cocina de dos hornallas y quien nos solventa las garrafas es la organización y es una ayuda muy, mucho, mucho... Por eso te digo que *las organizaciones están muy bien organizadas y ayudan mucho a los barrios*. Son ellos quienes conocen todas las problemáticas de los barrios. (Entrevista a L, referente de comedor comunitario de la zona sudeste, junio 2021).

Por otro lado, reciben alimentos a través de la solidaridad de las/os vecinas/os del barrio: recepción de módulos alimentarios del PAICor por parte de familias que no los utilizan al tener varios hijos/as en edad escolar. Estas, al recibirlos mensualmente, no llegan a consumirlos y, por ende, los donan al comedor. También las donaciones de alimentos provienen de las Tarjeta Alimentar: “a veces las mamás nos dicen ‘che voy a cobrar, ya tengo depositada la Alimentar. ¿Qué es lo que les hace falta? Les puedo comprar dos paquetes de azúcar” (Entrevista a D, referente de comedor comunitario de la zona noroeste, mayo 2021). Como los recursos “no alcanzan”, también realizan rifas, sorteos y venta de comidas y con lo recaudado compran alimentos, garrafas y utensilios que necesitan para hacer de comer en el comedor.

A estas coreografías de cuidado alimentario, también se suman otras como el acompañamiento a las familias aisladas tras contraer el coronavirus y a las/os adultas/os mayores. Estas/os últimas/os, si bien no estaban aisladas/os por contagio o contacto estrecho, al considerarlas/os dentro del grupo “población de riesgo”, provocó que también “se aíslen” por miedo al contagio, ya que el riesgo de presentar síntomas graves aumenta con la edad. Al respecto, llevaron viandas o módulos alimentarios a sus domicilios. También, hicieron seguimiento de casos a personas/familias contagiadas, trabajaron articuladamente con el centro de salud local o con el Centro de Operaciones de Emergencias (C.O.E.), ayudaron a gestionar programas sociales como el IFE, realizaron campañas informativas sobre la vacunación COVID-19 e inscribieron a las/os vecinas/os. Todas las referentes

manifiestan que “la pandemia activó el trabajo territorial”, estamos “abrazando a nuestra comunidad”, “el COVID-19 nos unió”, “hizo que nos conociéramos”. Volvieron las visitas casa por casa y la pregunta por el “cómo estás”.

Otra práctica que realizaron durante la pandemia fue la creación o reactivación del ropero comunitario, debido a que veían a las/os niñas/os muy “desabrigados”, en “cuero” o “con la ropa rota” cuando se acercaban al comedor a buscar la vianda. De esta forma, gestionaron donaciones de ropa a través de redes sociales. Una vez que les llegaban las donaciones, controlaban el estado de las mismas, les realizaban restauración a aquellas que lo necesitaban y se las repartían a las familias o las colocaban en una mesita afuera del comedor para que pudieran elegir cuáles llevar cuando fueran a buscar la vianda.

Algunos días hacía frío y venían desabrigados y venían con los mocos por el suelo, enfermos. No te digo gripe pero sí andaban todo el tiempo, como con resfrío, ¿viste? Y era porque *estaban muy desabrigados*. Entonces, bueno ahí empezamos abrir esto que fue el ropero comunitario (Entrevista a D, referente de comedor comunitario de la zona noroeste, mayo 2021).

Siguiendo con la metáfora de las coreografías, observamos en diferentes planos cómo estas mujeres danzan con el mercado, con el Estado, con sus propias familias por “estar metidas en un baile”: el de la asistencia alimentaria. El sentido que no las deja quedarse quietas, que las impulsa, que las encarna para “salir a escena” es el hambre de su comunidad: de sus vecinas/os, de sus hijas/os, de sus esposos, hermanas/os, de ellas mismas.

### **“Siga el baile, siga el baile”: cuerpos, emociones y sensaciones frente al hambre colectiva**

No cerramos en ningún momento, solamente el 2 de noviembre que a mí me dio positivo. Lo cerré por 15 días pero después lo volví a abrir. Estuve internada, me agarró fuertísimo, en terapia. Es más, estuve un día porque me entubaron. Y bueno, al otro día me lo saqué yo sola y creo que me dieron el alta al cuarto día y me vine a trabajar (Entrevista a R, referente de comedor comunitario de la zona sudoeste, mayo 2021).

Uno de los tramos finales de esta coreografía del cuidado, tiene que ver con el cuerpo de quienes cuidan. En este trabajo comprendemos al cuerpo como soporte material de la existencia y como teoría viva que se construye y reconstruye en el marco de una temporalidad tensiva entre pasado y presente. Nuestra corporalidad va más allá de la mera

biología para constituirse como un fenómeno social y cultural, materia simbólica, objeto de representaciones y de imaginarios (Le Breton, 2002). De acuerdo con Cristina Asa Laurell (1982), los cuerpos manifiestan determinados procesos biológicos en articulación con condicionamientos materiales y con procesos sociales más generales<sup>17</sup>, es decir, con su determinación social o historicidad.

La experiencia de cuidar involucra al cuerpo en acción en la vida cotidiana, expresa que somos seres ligados a otras/os en términos corporales, afectivos, materiales y sociales (Anzorena, et al., 2021). La insensatez productivista-capitalista de nuestras sociedades, continúa oprimiendo y explotando los cuerpos como si fueran máquinas, escindiendo espacios, sujetos, emociones, prácticas; despojando de sentido al cuidado y degradando a quienes cuidan. Por ende, peligrosamente, se gesta la ilusión de que, si el cuerpo es una mera abstracción, nadie necesita cuidar ni ser cuidado. Por el contrario, sin trabajos corporales como el gestar, parir, amamantar, cuidar, cocinar, limpiar, enterrar a nuestras/os muertas/os, es imposible la reproducción y el sostenimiento de la vida (Ciriza, 2021). La presencialidad del cuerpo de las trabajadoras entrevistadas es un hecho concreto, pero el tema complejo de la *coreografía del cuidado* es que no hay espacios ni tiempos de detenimiento para la percepción del propio cuerpo de quienes cuidan y sus necesidades: “no se puede parar”, “estamos a pulmón”.

En este tiempo de excepcionalidad, por el contrario, el cuidado permitió detenerse y hemos observado cómo las mujeres entrevistadas se vieron exprimidas para realizar este trabajo a nivel barrial, porque “el hambre no te dice pará, ¿no es cierto?”. Empero manifiestan que esto no hubiese sido posible sin la generación y reactivación del tejido conectivo (redes sociales) en los propios territorios. Estas cooperaciones espontáneas – aunque no siempre sistemáticas- les dio cierto “respiro” a las mujeres bailarinas del cuidado. Y siempre ante la crisis, la solidaridad comunitaria es algo que siempre nace en medio de tanto caos y son estas ollas populares que, de alguna manera, estaban *sosteniéndose a pulmón* en los barrios (Entrevista a L, referente de comedor comunitario de la zona noroeste, abril 2021).

*Armamos un grupo que es la red de la zona sur.* Entonces empezamos a decir: “¿en qué lugares hay comedores?” Bueno, en mi casa por ejemplo, que es tal dirección, tal día, tal día y tal día. Centro cultural, tal día. Centro vecinal, tal día. ¿Y para qué nos bajamos esa información? Para que sepan los lugares y podamos informarle “en este lugar se hace de noche, en este lugar se hace de día”. (...) En eso, un acto muy grande de los compañeros de otras organizaciones, centro vecinal, centro cultural, en esto de afianzarnos y decir: “bueno, hoy no soy de

---

<sup>17</sup> Estructura y relaciones productivas, patrones culturales y de consumo, ambiente, trama socio-histórica.

Barrios de Pie, no soy de Centro Cultural, no soy del Centro vecinal”. Hoy estamos porque tenemos que parar el barrio. Eso me encantó el año pasado, si bien hubo conflictos también se pudo solucionar (Entrevista a L, referente de comedor comunitario de la zona sureste, junio 2021).

Pasado el ASPO, cuando el afuera comenzó a “relajarse” respecto a los contagios, notamos que sus cuerpos comenzaron a hablar con manifestaciones biológicas: hipertensión arterial, tumor cerebral, apendicitis, trastorno de ansiedad, ataques de pánico. Todas ellas están correlacionadas con la sobrecarga física y emocional que trajo consigo el hambre de sus vecinas/os y familiares, pero también de ellas mismas por estar en iguales condiciones de vida. Una de las referentes entrevistadas nos relata que “en un momento fue como tan estresante toda la situación de la pandemia y todo lo que estaba pasando, que me agarró como una *alergia en el cuerpo y me tiró en la cama*” (Entrevista a D, referente de comedor comunitario de la zona noroeste, mayo 2021). Estas “marcas físicas” subrepticamente portan emocionalidades vinculadas al miedo y a la incertidumbre que generó la pandemia, que les exigió *más y más en materia cuidados*. El contexto social no les permitió parar, pero sus biología las obligaron a detenerse. Aunque, rápidamente deban volver a la tarea: “es más, estuve un día porque me entubaron. Y bueno, al otro día me lo saqué yo sola y creo que me dieron el alta al cuarto día y me vine a trabajar” (Entrevista a R, referente de comedor comunitario de la zona sudoeste, mayo 2021).

Al conversar sobre su papel en los espacios comunitarios, surgen preguntas irónicas acerca del propio cuidado (“¿en qué tiempo?”) y la problematización de ser “invisibles” ante un Estado que no las reconoce como trabajadoras esenciales en las responsabilidades del cuidado (“si vamos a una manifestación para que nos pongan la vacuna porque tenemos miedo de contagiarnos al estar trabajando de sol a sol, la sociedad no nos va a apoyar: ‘ehhhh dejen de cortar las calles’”). Al respecto, una referente nos narra con voz quebrada, lágrimas y agotamiento físico:

¿Cuándo llegaron a asistirnos a nosotros que estábamos poniendo el cuerpo?  
¿Quién vino a preguntar si estábamos bien emocionalmente? Tuve que cubrir una vez para que le puedan hacer el velatorio a una persona y ¿quién preguntó si nosotros estábamos bien después de eso? Nosotros sentíamos que queríamos colaborar a un Estado y acompañar al Estado, pero *¿el Estado en qué momento se acordó de nosotros?* Ni siquiera llegaron (Entrevista a S, referente de comedor comunitario de la zona sudeste, mayo 2021).

De acuerdo con lo expresado anteriormente, los aportes de la economía feminista<sup>18</sup> y de la economía del cuidado dan cuenta de la contribución de las mujeres a una economía alternativa que no solo mide el trabajo remunerado, sino también el trabajo no remunerado. Desde esta perspectiva, se argumenta la necesidad de visibilizar el rol del trabajo doméstico y comunitario no remunerado en el proceso de acumulación capitalista, y las implicancias en términos de explotación de las mujeres, tanto por parte de los capitalistas como de “los maridos” (Rodríguez-Enríquez, 2015). En este sentido, dotar de reconocimiento a las actividades de cuidado que realizan las mujeres es primordial para entender que sin estos trabajos es imposible la supervivencia cotidiana de las personas. Por tanto, debe ser reconocido y valorado desde todo punto de vista: económico, pero por sobre todo ético y político.

Volviendo al concepto del “diamante de cuidado” y la distribución social y política de las responsabilidades del cuidado vemos que, si la danza cooperativa entre los diversos actores y estructuras que lo conforman no acontece, sucede el agotamiento de algunas de las partes: organizaciones sociales y familias. Estas últimas, desde hace mucho tiempo, vienen apoyándose por estricta necesidad en las primeras. Esto implicó que las mujeres tengan que recrear y aguantar diversos movimientos corporales para gestionar el cuidado no solo al interior de sus hogares sino también de los espacios comunitarios.

### Consideraciones finales

Yo creo en mi vecina porque tiene  
un germen  
un cielo y mil estrellas  
un algo. Y sé que esa es la espada  
que a todos va a salvarnos de la ausencia.  
Un gesto de amor ojos adentro  
(me lo enseñó labrándolo en la huerta  
entre leguminosas y consejos  
y brotes de maíz en tierra fresca).  
‘Podemos mejorar nuestro jardín’ – me dice  
brindándome un puñado de semillas.  
Proclama el anuncio de su ángel  
la noble sentencia como guía:  
no hay cambio si no empieza por casa  
y al lado  
donde está la vecina.

*Maxi Ibáñez (Hacer las cosas simples, 2013)*

---

<sup>18</sup> Para un recorrido de la producción en este campo desde América Latina, ver: Valeria Esquivel (coord.): “La economía feminista desde América Latina: una hoja de ruta sobre los debates actuales en la región”, gem-lac / ONU Mujeres, Santo Domingo, 2012. Sitios [www.iaffe.org](http://www.iaffe.org) y [www.gemlac.org](http://www.gemlac.org)

La crisis epidemiológica puso en jaque a la población en general y, en los enclaves socio-segregados en particular, agudizó un *impasse* más con el que batallar: el hambre. *Abrir el telón* es una oportunidad para dar visibilidad a las coreografías del cuidado alimentario que las mujeres llevan a cabo en sus propios barrios, de manera silenciosa y oculta, pero indispensables para la reproducción y sostenibilidad de la vida.

A medida que ellas comparten con nosotras sus rutinas, su cotidianidad y día a día, reflexionan sobre el cuidado que brindan a otras/os (vecinas/os y familiares) y sobre las condiciones materiales en las que transcurre la ardua tarea de cuidar (“no nos alcanza la comida”, “hacemos lo que podemos con lo que tenemos”). Ponen en valor el hecho de que, durante la pandemia, la generación y reactivación del trabajo colectivo con sus vecinas/os y otras organizaciones sociales fue imprescindible para la contención emocional y material del barrio y de ellas mismas. Sin embargo, ello no ocurre sin los efectos tangibles de la sobrecarga de trabajo en sus cuerpos: “estamos cansadas”, “no damos abasto”, “lo hacemos todo a pulmón”. Esto último suele quedar invisibilizado en términos de una mera cuestión individual de salud (“le agarró un ataque de pánico”, “tiene hipertensión porque no se cuida”), sin percibir su determinación social.

Es por eso que la pregunta que aún nos ronda en este baile es ¿quién cuida a quiénes cuidan? Des-romantizar y poner en agenda la discusión sobre políticas públicas direccionadas al trabajo de cuidados que las mujeres realizan en los territorios es necesario para garantizar sociedades más igualitarias y equidad en la distribución de derechos. Para eso, claro está, primero hay que verlas como colectivo –o como partes de redes de cuidado– más que como individualidades aisladas.

### Referencias bibliográficas

Anzorena, C. C.; Schwarz, P. K. N. y Yáñez, S. S. (2021). *Reproducir y sostener la vida. Abordajes feministas y de género del trabajo de cuidados*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Editorial Teseo.

Batthyány, K. (Coord.). (2020). *Miradas latinoamericanas a los cuidados*. Ciudad de México: Siglo XXI Editores.

Ciriza, A. (2021). Cuerpo y experiencias. Sobre los dilemas y desafíos del cuidado. En Anzorena, C. C.; Schwarz, P. K. N. y Yáñez, S. S. (Comps.), *Reproducir y sostener la vida. Abordajes feministas y de género del trabajo de cuidados* (pp. 15-35). Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Editorial Teseo.

De Castro, J. (1983). *El hambre, problema universal*. Buenos Aires: Editorial Leviatán.

De Certeau, M. (1996). *La invención de lo cotidiano I. Artes de hacer*. México: Universidad Iberoamericana.

Esquivel, V.; Faur, E. y Jelin, E. (Eds.). (2012). *Las lógicas del cuidado infantil. Entre las familias, el Estado y el mercado*. Buenos Aires: IDES.

Faur, E. (2017). ¿Cuidar o educar? Hacia una pedagogía del cuidado. En Redondo Patricia y Antelo Estanislao (Comps.), *Encrucijadas entre cuidar y educar. Debates y experiencias* (pp. 87-114). Buenos Aires: Homo Sapiens Ediciones.

Huergo, J. (2016). "Reproducción alimentaria-nutricional de las familias de Villa La Tela, Córdoba" [Tesis de doctorado]. Centro de Estudios Avanzados, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Córdoba, Argentina.

Ibáñez, I. y Huergo, J. (2016). "Discursos mediáticos acerca de la política alimentaria para los niños y niñas de sectores subalternos cordobeses". *Question*, Vol. 1, Nº49, 271-286.

ISEPCi (2021). Informe de Indicador Familiar de Acceso a la Alimentación. Córdoba: Autor. Recuperado de:

<https://isepci.org.ar/wp-content/uploads/2021/03/INFORME-IFAL-FINAL.pdf>

INDEC (2013). *Encuesta sobre el trabajo no remunerado y uso del tiempo*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Autor. Recuperado de: [https://www.indec.gob.ar/uploads/informesdeprensa/tnr\\_07\\_14.pdf](https://www.indec.gob.ar/uploads/informesdeprensa/tnr_07_14.pdf)

Laurell, A. C. (1982). "La Salud-Enfermedad como proceso social". *Cuadernos Médico Sociales*, 19, 1-11.

Le Breton, D. (2002). *La sociología del cuerpo*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Moreyra, C. E. (2017). "Cocinar y comer en la Córdoba (Argentina) del siglo XIX. Una lectura de la cultura material doméstica". *Americanía. Revista de Estudios Latinoamericanos*. Nueva Época (Sevilla), Nº 6, 262-294.

Rodríguez-Enríquez, C. (2015). "Economía feminista y economía del cuidado. Aportes conceptuales para el estudio de la desigualdad". *Nueva Sociedad*, 256, 30-44.

Salvia, A. (Dir.). (2020). Documento Estadístico: La pobreza como privación más allá de los ingresos (2010-2019). Introducción de datos fundados en un enfoque de derechos. Ciudad de Buenos Aires: Fundación Universidad Católica Argentina. Recuperado de:

<http://wadmin.uca.edu.ar/public/ckeditor/Observatorio%20Deuda%20Social/Documentos/2020/2020-OBSERVATORIO-DOC-EST-POBREZA-PRIVACIONES-INGRESOS.pdf>

Tuñón, I. (Dir.). (2020). Documento Estadístico: Nuevos retrocesos en las oportunidades de desarrollo de la infancia y adolescencia. Tendencias antes y durante la pandemia de COVID-19. Ciudad de Buenos Aires: Fundación Universidad Católica Argentina. Recuperado de

[http://wadmin.uca.edu.ar/public/ckeditor/Observatorio%20Deuda%20Social/Documentos/2021/2021-Documento\\_%20Estad%3ADstico\\_Infancia\\_NuevosRetrocesosCOVID-19.pdf](http://wadmin.uca.edu.ar/public/ckeditor/Observatorio%20Deuda%20Social/Documentos/2021/2021-Documento_%20Estad%3ADstico_Infancia_NuevosRetrocesosCOVID-19.pdf)

UNICEF (2020). Documento Estadístico: Encuesta de Percepción y Actitudes de la Población. Impacto de la pandemia COVID-19 y las medidas adoptadas por el gobierno sobre la vida cotidiana. Buenos Aires: Autor. Recuperado de [https://www.unicef.org/argentina/sites/unicef.org.argentina/files/2020-08/EncuestaCOVID\\_segunda%20ola\\_vf\\_esp.pdf](https://www.unicef.org/argentina/sites/unicef.org.argentina/files/2020-08/EncuestaCOVID_segunda%20ola_vf_esp.pdf)

#### **Otras fuentes consultadas**

Decreto DNU 297/2020. Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio. Disponible en: <https://www.argentina.gob.ar/normativa/nacional/decreto-297-2020-335741/texto>

Decreto DNU 875/2020. Distanciamiento Social Preventivo y Obligatorio. Disponible en: [https://www.argentina.gob.ar/normativa/nacional/decisi%C3%B3n\\_administrativa-2028-2020-344079/texto](https://www.argentina.gob.ar/normativa/nacional/decisi%C3%B3n_administrativa-2028-2020-344079/texto)

Página Web de la Organización TECHO. Disponible en: <https://argentina.techo.org/>

Página Web de Nilus. Disponible en: <https://www.nilus.online>

